

# En defensa de los mandarines

MICHAEL LIND

Profesor titular de la New America Foundation y autor de *What Lincoln believed:*

*The values and convictions of America's greatest president.*

Compadezcamos al pobre mandarín en una democracia occidental moderna. En Inglaterra, el alto funcionario es objeto de burla; la idea de que el hombre de Whitehall puede saber qué hacer se considera, a lo largo del espectro político, un anacronismo absurdo. En Francia, se culpa a veces del estancamiento económico a la antaño poderosa *anarchie*, implicando que Francia estaría mejor bajo el liderazgo de los maestros en administración de empresas, al estilo estadounidense. En Estados Unidos, la palabra “mandarín” es sinónimo de abuso y está reservada a los miembros del una vez poderoso *establishment* del noreste de la nación.

¿Está el mandarinato democrático del Occidente moderno siguiendo los pasos de la versión china premoderna? Si es así, esto debería causar alarma, pues una de las principales razones por las que el experimento de la democracia en gran escala ha funcionado es que venía acompañada de la creación de un mandarinato moderno.

Desde los fundadores de Estados Unidos, Macaulay, Acton y Mill, a los Tocqueville, Guizot, Weber y Ortega y Gasset, los liberales conservadores de Europa occidental y Estados Unidos temían que el sufragio universal produciría una “multitudocracia”. Pero la pesadilla de la democracia de masas nunca se materializó plenamente, en gran medida debido al papel político y cultural del mandarinato: la “nueva clase” de teoría social marxista y neoconservadora, la *Bildungsbargertum* (clase media culta) opuesta a la *Besitzbargertum* (clase media adinerada). Los estrategas de este grupo, en el que figuran Guillermo de Humboldt y Mathew Arnold, proponían que una elite meritocrática, asentada en la clase media –si bien no limitada a ésta–, proveería de liderazgo natural a una sociedad moderna. La alianza histórica entre la aristocracia hereditaria y la iglesia sería reemplazada, en Occidente, por una alianza entre un mandarinato meritocrático y la universidad. Además de proporcionar la educación de los mandarines, la universidad, liberada de la religión, sería el hogar de una alta cultura secular pero tradicional, panoccidental,

que reemplazaría a la religión cristiana como la civilización compartida de Europa y sus ramificaciones. En política constitucional, el mandarinato meritocrático moderaría las tendencias hacia la demagogia, la plutocracia y la corrupción de grupos de interés, al suministrar a los dirigentes de la administración pública de carrera dentro del gobierno y al *establishment* informal fuera de él. Fue algo que funcionó. Las democracias de sufragio universal esquivaron la multitudocracia gracias a una versión de la “constitución mezclada” de Polibio. Para Polibio, Cicerón y muchos pensadores políticos posteriores, la constitución ideal era una mezcla de monarquía, aristocracia y democracia. La constitución mixta no se debe confundir con la separación de poderes por la que abogaba Montesquieu, la cual se encuentra en las constituciones federal y estatales de Estados Unidos. El propósito de la constitución mixta era el de equilibrar a las fuerzas sociales, no separar las funciones de gobierno.

La constitución mixta moderna es una mezcla de democracia y meritocracia. En ella, el mandarinato en el gobierno y fuera de él juega el papel de la aristocracia en el sistema de Polibio, al frenar la “monarquía” electiva de los ejecutivos democráticos y la “tiranía” de la mayoría de las legislaturas democráticas.

Pero este sistema no oficial ha estado fallando durante algún tiempo, conforme el Ejecutivo elegido ha doblegado tanto al mandarinato como a la legislatura. En las democracias parlamentarias como Inglaterra, la separación de los papeles de la cabeza de gobierno y la cabeza de Estado ayudaban a restringir el populismo plebiscitario de varias generaciones después de que se adoptó el sufragio universal, al igual que lo hicieron las estrictas reglas y convenciones respecto al comportamiento del gobierno guardadas por los altos funcionarios. Sin embargo, hacia finales del siglo xx, tal como muchos han observado, los primeros ministros, como Thatcher y Blair, se estaban comportando como presidentes, mientras que los presidentes estadounidenses se comportaban como reyes. Los medios de comunicación cada vez más po-

derosos, en lugar de actuar restringiendo el populismo plebiscitario, han tendido a actuar como si fueran sus porristas, incluso mientras se ataca a los gobiernos particulares y a los líderes políticos.

Tanto en las democracias parlamentarias como en las presidenciales, el jefe del Ejecutivo se ha elevado, de ser el primero entre iguales en un gabinete parlamentario o en un gabinete departamental al estilo de Estados Unidos, al estatus de monarca. La degradación de los ministros de gabinete y, ciertamente, del propio gabinete, ha venido acompañada de una ampliación de la corte del primer ministro o del presidente. En Gran Bretaña, los altos mandarines que trataban de oponerse a esta tendencia –Ian Brancroft bajo Margaret Thatcher, Robin Butler bajo Tony Blair– fueron dejados de lado. Mientras tanto, los medios de comunicación tratan a los consejeros políticos informales como si fueran más poderosos que los ministros del gobierno, y a menudo lo son, de la misma manera en que los más poderosos en un régimen monárquico solían ser los favoritos, las amantes, los mozos de cuadra, los secuaces y los astrólogos (la cantidad total de consejeros especiales se ha elevado de 39 a 80 bajo Tony Blair).

La disminución del papel constitucional informal del mandarinato meritocrático ha sido acompañada de una crisis de la fuente de su legitimidad, la tradición secular de la alta cultura occidental que hasta hace poco otorgaba a la base una educación en las artes liberales. La idea de las artes liberales fue una innovación de finales del siglo XIX y principios del XX. El debate entre clasicistas y modernistas en la era victoriana terminó en una síntesis, en la que el griego y el latín, los primeros fundamentos de la educación de los clérigos y los aristócratas, fueron reemplazados por un patrón de instrucción más flexible, que incluía a los clásicos modernos, la historia moderna y las lenguas modernas. Los mandarines de clase media educados en esta nueva tradición servían a su vez como patronos y a veces productores de arte contemporáneo, literatura y erudición, establecían estándares emulados por los miembros ascendentes de la clase obrera.

Todo esto ahora yace en ruinas. Cuatro fuentes de autoridad se invocan para llenar el vacío dejado por el desmoronamiento del humanismo moderno que legitimaba el mandarinato: profesionalismo, positivismo, populismo y religión.

El profesionalismo es lo opuesto al mandarinismo, en el sentido en que utilizo el segundo término. No

siempre fue así. En los países angloamericanos, en mayor medida que en la Europa continental, las profesiones sirvieron en el pasado como bases del mandarinismo moderno. En Estados Unidos, por ejemplo, las grandes firmas legales y los bancos de inversión que permitían a sus miembros servir en el gobierno interanualmente compensaban a veces la ausencia de una administración pública de altura. Sin embargo, con el tiempo, el profesionalismo y el mandarinismo divergieron.

Mientras que el mandarín es un generalista, el profesional es un especialista. El derecho del mandarín a la autoridad social se basa en una educación liberal, que se asume como la mejor preparación para la administración pública y privada. El derecho del profesional a la autoridad descansa en el dominio de un cuerpo complejo de conocimientos técnicos o científicos. Las necesidades de una acreditación profesional han tendido a volver cada vez más tecnocrática la educación profesional. La educación legal en el mundo de habla inglesa, por ejemplo, consistió una vez, principalmente, en la educación liberal de un caballero, además de los *Comentarios* de Blackstone. Ahora una educación liberal es, como mucho, el preámbulo opcional para una educación legal.

En el conjunto de la educación superior, la tendencia desde el siglo XIX se ha ido alejando de la educación general para dirigirse a la balcanización de las universidades en varias disciplinas intelectuales independientes, cada una con su propia –y a menudo pseudocientífica– metodología y un cuerpo de conocimientos independiente. El ideal profesional, tanto entre los académicos como entre otros profesionales, es un mundo de carreras verticales, con una puerta en el fondo pero sin movilidad lateral. A ojos de los profesionales y los académicos especializados, el mandarín es un diletante incompetente, un amateur despreciable, ¡vaya, el humanismo mandarín no tiene una metodología propia!

En Inglaterra y Estados Unidos, donde el profesionalismo casi ha arrasado con el mandarinismo y la cultura humanista que lo sostiene, políticos franceses como Dominique de Villepin, quien escribe poesía, novelas y crítica literaria, son tratados como figuras de escarnio. En Inglaterra, un alto funcionario que ocupa su tiempo libre interpretando a Hölderlin, como George Smiley, el espía de John Le Carré, es aceptable si bien cada vez más anacrónico. Pero se espera que los políticos ingleses y estadouni-



denses que escriben ficción publiquen productos *light*, como novelas de detectives o cuentos de suspenso. Los políticos dramaturgos, como Vaclav Havel, el estadista-novelistas Mario Vargas Llosa y estadistas-poetas como Octavio Paz, son más comunes en la Europa continental y en Latinoamérica, donde el ideal profesional del especialista tecnócrata no ha desplazado por completo todavía el ideal mandarín.

Desafortunadamente, la principal crítica contemporánea a las profesiones no proviene de los defensores del ideal mandarín, sino de los utopistas del libre mercado. Como señaló William Sullivan en un reciente simposio sobre las profesiones en la revista especializada *Daedalus*, “la preminencia de la noción de que el mercado es autorregulador y moralmente autosuficiente ha sembrado dudas respecto al valor público de la costosa y dilatada incorporación de un individuo a un gremio profesional”.

El segundo enemigo del humanismo mandarín es el positivismo de izquierda y derecha. John Gray ha descrito el positivismo como el proyecto de la Ilustración de reestructurar a la sociedad sobre la base de una ideología pseudocientífica. Hijo del siglo XVIII, el positivismo en este sentido es más antiguo que el moderno humanismo mandarín, que surgió en el siglo XIX, en parte como reacción contra él. En *Cultura y anarquía*, Mathew Arnold rechaza a Jeremy Bentham y al “fanatismo de sus seguidores”, declarando: “Entonces la cultura siempre tiende a tratar con los hombres de un sistema, de una disciplina, de una escuela; con hombres como Comte, o el finado señor Bucle o el señor Mill.”

La cultura y la ideología son hermanas rivales seculares, que pelean entre las ruinas de la religión revelada, en una lucha por definir la modernidad. Cada una constituye un punto de vista y un programa político. Lo que la ideología es para el positivismo, lo es la cultura para la democracia de los mandarines. Arnold relacionaba la falta de respeto por la alta cultura en Inglaterra con la ausencia de una élite meritocrática administrativa: “No tenemos la noción, tan familiar para el continente y la antigüedad, del Estado”; “la nación en su carácter colectivo y corporativo, a la que se confían estrictos poderes para el provecho general, y que controla las voluntades de los individuos en el nombre de un interés más amplio que el de los individuos.”

Del siglo XIX al XXI, la ideología positivista que ha desafiado al humanismo moderno del mandarín

democrático de manera más consistente no ha sido el marxismo, ni otra forma de positivismo de izquierda, sino los más bien clásicos liberalismo y libertarismo. De Herbert Spencer a Milton Friedman, los postulantes del capitalismo liberal han denunciado a la administración pública de carrera, donde es más probable encontrar a los mandarines meritocráticos obstruyendo la boca del cuerno de la abundancia del mercado. En el Estados Unidos contemporáneo, el presidente George W. Bush ha respaldado la legislación que acabaría con todas las funciones de gobierno de carrera fuera del ejército y las ramas de política exterior, al otorgar a las cabezas de departamento el derecho de establecer sus propias reglas de contratación y despido. No hace falta decir que, en lugar de crear la utopía libertaria del gobierno restringido, esto conducirá simplemente a la futura colonización de la burocracia federal de Estados Unidos para servir a los grupos de interés.

El mandarínismo democrático es rechazado por los populistas, así como por los profesionales e ideólogos positivistas. Cualesquiera que sean los puntos de vista de las políticas económicas particulares, los populistas comparten con los economistas del libre mercado la premisa de que las preferencias y los valores estándares y no pueden ser cuestionados, ni mucho menos moldeados por una élite culta. La izquierda igualitaria y la derecha populista rechazan con igual vehemencia la idea de que los que están bien educados tienen la obligación de poner el ejemplo en los modales y el gusto a los menos educados, una noción heredada por el mandarínato meritocrático de los aristócratas, patricios y el clero cristiano.

Los dos bandos de las guerras culturales son populistas. El antielitismo de la derecha populista no se dirige a un *establishment* mandarín inhibido, que ya no existe, sino más bien a la contracultura, que ahora anida en los departamentos de las universidades, de las que la mayoría de los humanistas mandarines han sido purgados. La contracultura odia el elitismo tanto como la derecha populista; sus miembros se enorgullecen de rechazar no sólo las normas tradicionales sino la misma idea de las normas. Para ambos bandos, la autoridad cultural burbujea espontáneamente desde abajo. La izquierda multicultural y la derecha populista sólo difieren en preferir a diferentes culturas populares “auténticas” —la de los inmigrantes y las minorías, la izquierda; la de la clase obrera nativa, la derecha.



A mediados del siglo xx, la naturaleza restrictiva de los medios electrónicos dio al humanismo mandarín una ventaja artificial. Ya que incluso la televisión comercial y las estaciones de radio eran oligopolios naturales con ganancias garantizadas, los programadores mandarines podían incluir una cantidad sustancial de material sofisticado sin temer a la pérdida de ingresos por publicidad. Es sorprendente leer que a los telespectadores estadounidenses en los años cincuenta se les obsequiaba con coloquios en vivo entre W. H. Auden y Lionel Trilling. Pero las fuerzas del mercado pusieron un alto a aquello, incluso antes de que la televisión por cable obligara a los programadores a competir con un gran número de canales rivales, dando a la gente el “culto de masas” que temían los pensadores de comienzos del siglo xx: *reality televisión*, porno *soft*, carreras de *stockcars* y gladiadores robots. Al grado de que la idea mandarina de una alta cultura que sobrevive, se encuentra entre los conservadores tradicionales, cuya concepción de la cultura, desgraciadamente, es la de los curadores de museos.

Después del profesionalismo, el positivismo y el populismo, la religión revelada proporciona la alternativa final a la autoridad que la alta cultura de occidente concedía al mandarinato democrático moderno. La idea secular de una alta cultura siempre compitió con la idea religiosa de la verdad divina como base de la autoridad social. Era de esperarse que el clero, habiendo sido desplazado por la *intelligentsia*, buscaría recuperar autoridad cultural.

Difícilmente se puede entender la política cultural del Estados Unidos contemporáneo sin el surgimiento del clericalismo cristiano, incluso si éste no es un factor de peso en la Europa poscristiana. De las cuatro fuentes de la autoridad social que no son la alta cultura humanista, tres –profesionalismo, positivismo y populismo– devuelven a sus propios recursos la búsqueda individual de orientación. Los tres son relativistas. Si se pregunta al profesional, al libertario económico y al político populista o encuestador: “¿cómo debería yo vivir?”, lo único que pueden responder es: “¿tú qué piensas?” Uno piensa en la caricatura del *New Yorker* en la que un niño le pregunta al maestro: “¿Tengo que hacer lo que yo quiero hacer?”

Pero el predicador, sacerdote o *mullah* no trata aquello que los economistas llaman “preferencias” como atributos innatos de una persona a la que no

se puede cuestionar. Por el contrario, en las religiones ortodoxas se espera que la conducta individual y el orden social se conformen a un orden divino de alguna clase. A este respecto, el clérigo y el mandarín tienen mucho en común. Mientras que el mandarín y el clérigo pueden estar en desacuerdo respecto a la identidad de la comunidad y la naturaleza de sus estándares, están de acuerdo en rechazar el relativismo sobre el que descansa la cultura contemporánea. El mandarín virtuoso une el *Bildung* –o la esforzada formación de uno mismo– a la ciudadanía activa, de la misma manera en que el creyente devoto une el examen de sí mismo con la ejecución de los deberes comunitarios. Sin embargo, la comunidad del mandarín es mundana, es la nación y la civilización más amplia a la que el país pertenece, más que una congregación religiosa y la comunidad más amplia de seres humanos y seres sobrenaturales de la que se cree que la congregación es parte.

El mandarín, entonces, es un chivo expiatorio de todas las fuerzas principales de la sociedad contemporánea. Rechazan de igual manera el programa humanista de la educación mandarina el profesional (para quien la educación es vocacional), el positivista (cuya tarea es exponer las relaciones de poder que ocultan las obras de literatura o historia, como preparación para la instrucción doctrinal en un sistema ideológico), el populista (cuya finalidad es o bien reemplazar a los clásicos con un canon contemporáneo, o bien reinterpretarlos con el fin de volverlos “relevantes” para la actualidad), y el creyente religioso (para quien la sustitución de la religión revelada por el humanismo mandarín fue siempre una atrocidad). El mandarín, para el profesional, es un amateur; para el libertario, un estatista; para el populista, un elitista, y para el creyente religioso, un pagano. ¿Qué podría ser peor que una sociedad dirigida por gente así?

La respuesta es una sociedad sin ellos. El Estados Unidos contemporáneo, y en menor medida Inglaterra, son la demostración de las consecuencias de convertir una democracia moderna en una zona libre de mandarines.

En los países del continente europeo, la existencia de administraciones públicas dominadas por mandarines ha retrasado el desarrollo de una “corte” en torno a los primeros ministros y cancilleres. En Estados Unidos, sin embargo, la clase de sistema de clientelismo político –abolido en otras democracias hace varias generaciones– significa que cada vez que



la Casa Blanca cambia de manos, miles de funcionarios designados reciben puestos en todo el gobierno. Estos *in-and-outers* no son leales a las instituciones del gobierno en las que sirven, ni siquiera al partido del presidente, sino al propio presidente –son los “*bushies*”, los “*clintonitas*” o “*reaganitas*”. Cuando un presidente de partido sale del poder, muchos de estos funcionarios de entrada por salida trabajan como cabilderos en Washington o pasan su exilio en *think-tanks* o universidades. La mentalidad del *in-and-outer* es la de un cortesano oportunista, no la de un mandarín con principios e inclinación cívica. En el interés de los cortesanos que buscan chamba está el magnificar las diferencias entre los partidos en la política, tanto como está en el deber del mandarín buscar el terreno común del interés público.

Al punto de que si el ideal del deber público del mandarín sobrevive en Estados Unidos, se encuentra entre los funcionarios públicos de carrera del área de seguridad nacional: los militares, el servicio exterior y las agencias de inteligencia (siendo débil la burocracia doméstica estadounidense y estando guiada por el clientelismo). La oposición más dañina para George W. Bush y la camarilla neoconservadora ha provenido de soldados como Anthony Zinni, expertos civiles de carrera como Richard Clarke, el antiguo “zar del terrorismo”, y diplomáticos como Joseph Wilson, cuya esposa Valerie Plame fue “expuesta” como agente de la CIA por el jefe de asesores de Bush, Karl Rove, como parte de una campaña para castigar a Wilson por refutar la aseveración presidencial de que Saddam estaba importando material nuclear de Nigeria. Estos y otros funcionarios públicos de carrera han sido modelos de rectitud ciceroniana –un hecho más que un poco

confuso, puesto que Cicerón fue uno de los pocos gobernantes de la Roma republicana que era civil. No es buena señal que en la república estadounidense el cuerpo de funcionarios se haya convertido en un mandarinato por *default*.

El mandarinato no oficial de Estados Unidos, el *establishment* del noreste, se desmoronó en el último cuarto del siglo xx. El resultado de ello es un experimento social en Estados Unidos tan audaz, a su manera, como el del colectivismo socialista: un intento de tener un gobierno sin elite gobernante. El barco del Estado norteamericano vira ahora en una dirección, ahora en otra. Desde la distancia, podríamos concluir que el capitán es un maniaco. Pero un catalejo revela que no hay capitán o tripulación, sólo bandas rivales de tecnócratas, ideólogos, populistas y fanáticos consagrados a Jesucristo o a Adam Smith, cada uno abordando el navío en ruinas y apoderándose del timón por un instante, antes de ser lanzados por la borda.

La decadencia del mandarino en las democracias modernas posee profundas implicaciones para el poder político y la autoridad cultural. Si tengo razón, la “constitución mixta” e informal de la democracia mandarina impedía la formación de la sociedad de masas que los pensadores liberales temían. Pero incluso, aunque no logró materializarse en las democracias liberales del siglo xx, la pesadilla de la multitudocracia puede llegar a serlo en el siglo xxi.

© *Prospect*, octubre de 2005.

Traducción: Ana García Bergua.